

tumbre que encontramos establecida desde la mas remota antigüedad en Persia, en los misterios del Dios Sol, bajo el nombre de Mitrha.

Omitimos hablar del largo catálogo de sus falsas deidades, y solo mencionaremos á Texcatlipoca ó Texcalipultza, Dios de la penitencia y de la afliccion, á quien invocaban para obtener el perdon de sus faltas, y *Teototzi*, que significa *gran madre*, nombre que dieron los mexicanos á una de sus antiguas reinas, á quien habian divinizado; era la Cibeles ó la Rhea de los egipcios. El modo que tuvieron para hacer su apoteosis es demasiado singular: sin aguardar á que la muerte natural terminase su carrera, le dieron muerte, la desollaron en seguida y cubrieron con su piel el cuerpo de un jóven. Esta extraña y bárbara ceremonia fué ejecutada por orden de Huítzilopuztli, y se hace remontar hasta la época de este sanguinario apoteosis la costumbre de los sacrificios humanos, de los que vamos á ocuparnos ya.



### DÉCIMACUARTA LÁMINA.

#### SACRIFICIO ORDINARIO.

La lámina que representa el sacrificio común, se halla tomada del célebre Clavijero. Los Sres. Baradere y Saint Priest en sus curiosas notas al viaje de Dupaix, hacen tan notables reflexiones, que no dudo serán leídas con aprecio, al tratarse de una materia tan ventilada por los amigos y enemigos de la conquista de México.

“Ciceron, dicen, al referir algunos usos relativos á los muertos y á las sepulturas, nos asegura que el filósofo Cryzippo habia tratado el asunto con los mas curiosos, pero al mismo tiempo con los mas horribles pormenores, tales que no merecian referirse. Nosotros no convenimos con la opinion del orador romano; pensamos por el contrario, que miéntras mas atroces

sean los usos y costumbres, se debe tomar mas empeño en denunciarlos y presentarlos á la animadversion de los pueblos.

Segun la opinion de los anotadores á las antigüedades mexicanas reconocidas por el capitan Dupaix, los chichimecas era una tribu salvaje, muy semejante á los scytas y los demas pueblos que no conocen ninguna forma de gobierno, y que viviendo en un estado de guerra permanente, son por lo comun agresores de sus vecinos, y se ocupan mas bien de oprimir á sus semejantes, que de defenderse. Aquellos bárbaros venidos del Norte, se alimentaban de los animales que mataban en la caza, é inmolaban á sus dioses los pájaros. Animados de una supersticion feroz le sacrificaban sus prisioneros de guerra, virtiendo su sangre al pié de los ídolos, y creyendo con esto apaciguar su enojo. Se les llevaba, como en triunfo, y seis ministros de aquellas falsas deidades se dirigian al gefe ó principal de ellos, lo colocaban en el altar boca-arriba y le arrancaban el corazon despues de abrirle el pecho con una piedra cortante. Semejante es la ecsigencia de las crueles divinidades que se adoran en la India, bajo el nombre de *Calli*, las que no se satisfacen completamente sino con víctimas humanas. Apropósito es necesario notar la analogía que presenta el nombre indio *Calli* y el mexicano *teocalli*, que se da á los grandes altares piramidales de los mexicanos. Podria notarse tambien, cómo la palabra griega *Teos*, *Dios*, se encuentra en México con la misma significacion, y unido á la palabra *Calli*, que significa casa. Estas acciones crueles cometidas contra los prisioneros de guerra, ignoramos si serian dictadas por un sentimiento de venganza ó por una supersticion religiosa. El sentimiento de venganza, por desgracia, es muy común en la naturaleza humana, que es inútil insistir en los horrores que puede inspirar una pasión tan terrible, despues de haber leído la pintura que Homero y otros poetas nos hacen de sus terribles efectos. Entre los griegos habia una costumbre muy antigua de degollar tambien á los prisioneros hechos en la guerra. Unas veces Aquiles hace regar con sangre de doce jóvenes troyanos de una clase distinguida la hoguera que debe consumir el cuerpo de su querido Patroclo; en otra vez Eneas envia cautivos al rey Evandro, para ser inmo-

lados á los manes de su hijo Pallas; Polyxeno es sacrificado sobre la tumba de Aquiles; los scytas despues de la victoria descansan en los cráneos sangrientos de sus enemigos; los druidas, en fin, los patriarcas de los gaulos, ofrecen á su Dios Teutates los cuerpos de los cautivos vencidos en la guerra, despues de haberlos asesinado cruelmente, ó bien los queman vivos en medio del pueblo y en presencia de los poetas, que cantaban himnos guerreros, acompañándose con sus harpas de oro. En este refinamiento de crueldad, ejercido por pueblos bárbaros y civilizados sobre prisioneros de guerra ó de otros individuos, no podemos menos de notar una analogía, que no puede tener origen, sino en la supersticion religiosa ó en la venganza humana.

El pormenor completo de esta sanguinaria costumbre de los mexicanos en sus diversas fiestas, y segun las divinidades, á las que trataban de honrar, seria una tarea tan larga como fastidiosa, cuando por otra parte se encuentra en la historia de esos pueblos que conservaron en parte sus feroces costumbres hasta la época de la conquista. Pero añadiremos una sola reflexion, reducida á considerar como demasiado ecsagerado el número de las víctimas, que se hace subir á muchos miles, así como el título de inaudito de tales sacrificios; mas como este delicado punto por nadie haya sido tratado con mas acierto que por nuestro célebre compatriota D. Francisco Clavijero en su disertacion octava, oigamos lo que dice:

“Casi no ha habido nacion en el mundo que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los amonitas quemaban á sus hijos en honor de su Dios Moloch, lo mismo que algunos cananeos, á quienes imitaron Acáz y Manasés, reyes de Judá. De los egipcios sabemos por Maneton que cada dia inmolaban tres víctimas humanas en Eliópolis á la diosa Juno; los persas á Mithra ó al Sol; los fenicios y los cartagineses á Baal; los cretenses á Jove; los lascedemonios á Marte; los foscenses á Diana; los de Lésbos á Baco; los tezalónicos al centauro Quiron y á Peleo, y los galos á Eso y á Teutate; los bárbaros de la Germania á Tuitzon. Curcio afirma que los tirios en sus calamidades públicas, ofrecian en sacrificio á los hijos á quienes mas amaban, y lo mismo los car-

tagineses. Cuando fueron vencidos éstos por Agatocles, rey de Ciracusa, para aplacar á su Dios, le sacrificaron doscientas familias nobles, y segun asegura Tertuliano africano y poco posterior á aquella época, semejantes sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, así como hasta los de Claudio en las Gálias, segun dice Suetonio.

Los pelazgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban para obedecer á un oráculo la décima parte de sus hijos. Así lo refiere Dionisio de Halicarnaso. Los romanos durante todo el tiempo del dominio de los reyes inmolaron niños en honor de la diosa Munia. Por Plinio sabemos que hasta el año de 657 de la fundacion de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos, y aun con ella no cesaron absolutamente, pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perusio, donde se habia fortificado el cónsul L. Antonio, sacrificó en honor de su tío Julio César, divinizado ya por los romanos, trescientos hombres, parte senadores y parte caballeros escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo Dios. Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estravon cuenta, que los lusitanos sacrificaban á los prisioneros, cortándoles la mano derecha para consagrar á sus dioses, observando sus entrañas y guardándolas para sus agujeros, y que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien los prisioneros al Dios Marte. Hablando el padre Mariana de los Godos que ocuparon la España, dice así: “Porque estaban persuadidos que no tendria buen écsito la guerra, si no ofrecian sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al Dios Marte, al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las ramas de los árboles los pellejos de los que mataban.”

Eusebio de Cesarea en el libro IV de *preparatione Evangelica*, trae un largo catálogo de las naciones que acostumbraban hacer aquellos bárbaros sacrificios. La respuesta que dió Moteuzoma á Cortes cuando éste le echaba en cara la crueldad de los sacrificios humanos, da á conocer que aunque sus sentimientos no eran justos, eran ménos bárbaros todavía que los

de las naciones antiguas, cuyos ejemplos hemos citado. “Nosotros, les dijo, tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos: podemos matarlos en el calor de la accion, como vosotros haceis con los nuestros. ¿Y por qué no podremos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses?”

La frecuencia de estos sacrificios no fué ciertamente menor en Egipto, en Italia, en España y en las Galias que en México. Si solo en la ciudad de Eliópolis se sacrificaban anualmente, segun dice Maneton, mas de mil víctimas, ¿cuántas no se sacrificarian en las otras ciudades de Egipto? ¿Cuántas no harian los pelazgos, cuántas en aquellos hecatombes de los antiguos habitantes de España? Ademas, que ya he probado que los escritores españoles ecsageraron el número de las víctimas sacrificadas en México.

Los romanos despues de prohibidos estos sacrificios, al cabo de seis siglos y medio de fundada su capital, siguieron permitiendo con demasiada frecuencia el sacrificio gladiatario; dando este nombre á los bárbaros combates, que servian de diversion al pueblo, á la vez que de cumplimiento á un deber prescrito por la religion, y en los funerales de los ricos se daba tambien muerte á algunos prisioneros para aplacar los manes del difunto. Tan persuadidos estaban de la necesidad de sangre humana en semejantes ocasiones, que cuando las facultades de la familia no permitian comprar gladiadores ni prisioneros, pagaban lloronas para que con las uñas se sacasen sangre de las mejillas. En resúmen, no puede dudarse, en vista de lo dicho, que la religion de los mexicanos era ménos supersticiosa, ménos ridícula y ménos indecente que la de algunas de las naciones de que hemos hablado.”

Para terminar las anteriores reflexiones sobre los sacrificios humanos de los aztecas, daremos una ligera noticia del origen de ellos, tal cual se lee en el Baron de Humboldt, al hablar sobre los geroglíficos aztecas del manuscrito de Veletri, ó sea el códice borgiano en su Vista de las cordilleras.

En el año 1317 la guerra con los habitantes de la ciudad de Xochimilco proporcionó la primera idea de un sacrificio humano á los mexicanos. Desde el principio del siglo XIV los aztecas vivian bajo la dominacion del rey de Colhuacan: ellos

eran los que mas habian contribuido á la victoria que habia adquirido aquel monarca sobre los xochimilcas. Concluida la guerra, quisieron ofrecer un sacrificio á Huitzilopuztli, cuya imagen en madera habian conducido dentro de una caja de flores, que llevaban cargando cuatro sacerdotes que los precedian en su emigracion. Con tal objeto dijeron al rey de Colhuacan les diese algunos objetos de valor para hacer un sacrificio mas solemne. El rey les mandó un pájaro muerto, envuelto en una tela grosera, para añadir la burla al insulto, y les propuso que iria á asistir él mismo á la fiesta. Los aztecas fingieron quedar contentos con esta oferta; pero resolvieron al mismo tiempo hacer un sacrificio, que inspirase terror á sus señores, y despues de una danza al rededor del ídolo, condujeron cuatro prisioneros xochimilcas, que tenian ocultos hacia mucho tiempo: estos infelices fueron inmolados con las mismas ceremonias que lo eran despues en su templo de Huitzilopuztli. Los colhuas marcaron con justo horror este primer sacrificio humano que habian visto en su pais: temiendo la ferocidad de sus esclavos, y viéndolos orgullosos del écsito obtenido en la guerra contra los xochimilcas, dieron libertad á los aztecas, obligándolos á dejar el territorio de Colhuacan.

El primer sacrificio habia tenido felices consecuencias para el pueblo oprimido: bien pronto la venganza dió lugar al segundo. Despues de la fundacion de Tenoxtitlan un azteca recorrió la ribera de la laguna, para matar algun animal que pudiese ofrecer al Dios Mexitli, y encontró un habitante de Colhuacan, llamado Xochimimitl. Irritado contra sus señores el azteca, atacó al colhua, lo condujo á su nueva ciudad, y espiró sobre la piedra fatal.

Las circunstancias del tercer sacrificio fueron mas trágicas todavía. Restablecida la paz en la apariencia entre los aztecas y los habitantes de Colhuacan; sin embargo, los sacerdotes de México no pudiendo contener su odio contra un pueblo vecino, que les hacia gemir en la esclavitud, meditaron una venganza atroz: suplicaron al rey de Colhuacan les confiase su hija única, para que se criase en el templo de México, á fin de que despues de su muerte fuese adorada en él como la madre de su Dios protector, y agregaron que el ídolo mismo les

habia declarado ser esta su voluntad. El crédulo rey, acompañado de su hija, se introdujo en un lugar tenebroso del templo, en donde los sacerdotes los separaron. En medio del ruido, el padre no distinguió los gemidos de su hija agonizante: se le puso un incensario en la mano, y á la pálida luz de la llama que elevó el copal, reconoció á su hija con el pecho ensangrentado, sin movimiento y sin vida. La desesperacion le privó del uso de los sentidos por todo el resto de sus días sin poder vengarse, y los colhuas no se atrevieron á batirse con un pueblo que se hacia temer por tales excesos de barbarie.



### DÉCIMAQUINTA LÁMINA.

#### INSTRUMENTOS PARA LOS SACRIFICIOS.

El primero que se presenta en esta lámina es un vaso de tecall de una tercia de alto, con un gema de diámetro; en la parte inferior se nota una labor que forma un pedestal, y á tres cuartas partes de su altura, una greca con labores de calado bastante graciosas y difíciles de hacer, por cuyos huecos saldría chorreando el líquido, cuando se quisiera vaciar el vaso. Tal vez para evitar este inconveniente, en el borde interior se halla labrado un tubo de cerca de una pulgada de diámetro, que sube desde el fondo hasta el bordo del vaso, facilitando por lo mismo, que pueda vaciarse el líquido contenido en el vaso, sin ensuciar su parte exterior. Esta pieza preciosa la obtuvo el Museo desde el año de 27 entre otras de figuras mas bizarras acaso y de diversos tamaños, aunque de igual materia, que se compraron al Sr. Luna, vecino de Atlixco, quien las estrajo de una escavacion hecha en la isla de Sacrificios, frente á Veraacruz. Nada he podido averiguar del modo con que se encontraron, ni de los adyacentes que pudieran dar alguna luz sobre un encuentro tan precioso como abundante en un

lugar tan corto, y que no indica ecsistencia de grandes ruinas, que pudieran revelar algun gran templo. Despues de la escavacion que hizo el Sr. Luna, se me asegura haberse hecho otra con tan buen écsito por el Sr. D. Ignacio Esteva, ministro que fué de hacienda, y posteriormente otras várias, siendo la mas notable, la que verificó la tripulacion de una fragata de guerra francesa, y cuyos pormenores publicaron los diarios del Norte. Despues de esta pieza, la mas notable seguramente de las que posee el Museo procedentes del mismo origen, es una tetera trabajada en piedra steatita, de un gema de alto, sobre tres pulgadas de diámetro, con hojas de parra labradas primorosamente en su superficie. Yo dudaba á la verdad de la originalidad de esta pieza, á pesar de la veracidad del Sr. Luna, creyéndola mas bien de origen chino, tanto por la materia de que está construida y de que no habia visto otra en el pais, como de la figura y gusto de su construccion; pero posteriormente tuve la fortuna de recibir otra igual y aun mas hermosa; donacion que hizo al Museo el Illmo. Sr. obispo de la Puebla, á quien se la regaló un veciño de Tepeaca, que la encontró en una escavacion casual verificada en aquella ciudad.

Ultimamente, se me ha asegurado por persona verídica, haber visto en Tabasco un vaso perfectamente igual á otro de los que forman la coleccion del Museo.

Sobre el uso de estas piezas no queda duda en que era el de servir de vasos para recoger la sangre de las víctimas en los sacrificios, y rociar despues con ella los cadáveres. En la última conquista del Nayarit hace setenta años, en el parte dado al virey y que consta en las gacetas de aquella época, se habla de un vaso de tecall que tenia dicho objeto, el que habiéndolo remitido á México, no dudo que sea el mismo que ecsiste en el Museo, remitido por el Sr. D. Ignacio Cubas, cuando envió por órden del gobierno algunos objetos que se conservaban en el archivo nacional.

En la coleccion del Lord Kinsborough y de Mr. Warden en Inglaterra, se encuentra, segun Mrs. Baradere y Saint Priest en sus notas á las expediciones de Dupaix, vasos de esta clase y de granito, desenterrados en la costa de los Mosquitos, habitada hoy por un pueblo bárbaro que no se ocupa en esculpir

pedras. Ellos han sido litografiados y descritos por Mr. Tomas Posonal en las interesantes memorias publicadas por la sociedad de anticuarios de Lóndres. He indicado las anteriores noticias, para hacer ver la analogía y semejanza de estos vasos, que aleja la sospecha de que pudiesen haber sido hechos despues de la conquista por algunos indios que hubiesen procurado imitar la forma de algun vaso europeo. El hallarse adornados de lagartos, monos, pájaros y plantas, parece indicar haber sido obra de alguna tribu de la raza tolteca, y reflexionando sobre la forma de los utensilios de que se servian los españoles en el siglo de la conquista, se hace increíble que los soldados de Cortes hubiesen traído á México esta clase de vasos.

La figura que sigue presenta una punta de lanza ó cuchillo, labrado en cuarzo, de que se servian para abrir el pecho de la víctima en el sacrificio y sacarle el corazon todavía palpitante. En el viaje de Dupaix, expedicion II, plancha LXIV, se encuentra dibujado uno igual, que dice haberlo encontrado en San Esteban, prefectura de Tlaxcala, agregando que era la única arma ofensiva que pudo recoger de las antiguas de aquella célebre república, y para explicar esta escasez estraña, no encuentra otro arbitrio, que ocurrir á la idea de que tal vez las sepultarian en las entrañas mas profundas de la tierra.

Los señores Baradere y Saint Priest, en el lugar citado, dicen que de estas puntas ó lanzas se servian los tlaxcaltecas en sus combates, y añaden que en su opinion usaban de estas hachas ó puntas penetrantes indistintamente para la guerra y para el servicio doméstico: que ordinariamente eran de siliza, de jade ó de basalto, de obsidiana y pizarra, y que los antiguos mexicanos se servian hábilmente de ellas, para cortar sin otro auxilio aun árboles gruesos, atando fuertemente por medio de una cuerda, hecha de cuero de animales, á un palo de madera bastante dura, labrado en su parte superior de una manera adecuada para recibirlas; sin embargo, entre los instrumentos artísticos que conservo en el Museo, se notan con bastante claridad las hachas que tenian este uso, y las que solo servian como armas ofensivas para puntas de lanzas, puñales ó cuchillos. Casi llega á la evidencia esta distincion, si se comparan con un pu-

ñal encontrado en una cueva descubierta últimamente en la hacienda de la Casta cerca del Bolson de Mapimí, donde habia mas de quinientas mómias, entre cuyos vestidos y utensilios se remitieron á este establecimiento por el Sr. D. Fernando Ramirez.

El tercer instrumento es uno de los pocos originales, que posee el Museo de la expedicion de Dupaix, y que adquirí del dibujante de este establecimiento á la vez que de aquella expedicion, D. Luciano Castañeda, y se encuentra dibujado en la segunda lámina de dicha tercera expedicion. Dupaix dice, que en la villa de Tehuantepec, en Oajaca, le manifestaron una arma ofensiva, hallada en aquel parage, que es una lengua ó armazon de flecha ó de dardo desconocido entre nosotros. Su materia es de pedernal durísimo, y de largo de cuatro pulgadas y media, con la particularidad de tener, al modo de nuestras bayonetas, tres filos ó ángulos agudos con su pié para engastarlo ó fijarlo en una asta ó mango. Al anotar este pasage los Sres. Baradere y Saint Priest, solo advierten, hablando de la materia de esta piedra, que es el silix pyromacrus, y que nada indica que los antiguos mexicanos hayan conocido el uso del fierro, pues que la siliza, las lavas y particularmente la obsidiana les servian para fabricar todos sus instrumentos cortantes. Yo agregaré, por último, que no debe admirar lo embotado que se encuentran hoy los filos de estas armas, si se reflexiona el poco ó ningun cuidado que se ha tenido en su conservacion, cuando aun en los instrumentos de fierro de filo mas pulido, se nota igual falta con el transcurso del tiempo.

El último es una especie de arco, procedente tambien de la primera expedicion de Dupaix, y que con otro semejante fueron conducidos á este establecimiento de la ciudad de Orizava. Al describirlos en su lámina V, dice: "que son de jaspe verde claro, que su escultura manifiesta un alto relieve; trabajado con mucha proligidad y simetría, y cada uno separado tiene cerca de vara de alto y media de ancho; su figura es algo ovalada y reunida por sus estremidades, formando una especie de óvalo prolongado. Es dificultoso en las obras de esta nacion mexicana poder acertar en muchas sobre su legitimo uso, y aun la explicacion material de sus contornos, por

ser de una clase original. Es necesario el recurso de la delineacion de ellas, cuya vista satisface mas que las descripciones mas prolijas.”

Al anotar los Sres. Baradere y Saint Priest, este precioso monumento, dicen que su forma singular semeja á una puerta triunfal, que estaria decorada de hojas de opuncia y de otras plantas del pais, esculpidas en relieve. Dupaix habia dicho que se parecia á otros, hechos por los japoneses en jaspe verde claro, y cuya altura era de tres piés; pero en su opinion no podrá ser de jaspe ni aun de jade, porque hasta ahora no se han visto trozos tan voluminosos de esta materia, para hacer esculturas de tres piés de altura, por lo que calcula que será mas bien de granito verde ó de serpentina, cuya materia se conoce bajo el nombre de ophitas. En efecto, así es la verdad, los arcos de que se trata son de pórfido verde, el uno claro y el otro oscuro; pero ademas hay en el Museo otro, que sin estar tan bien labrado, presenta la misma configuracion, y es de piedra córnea, habiendo sido traído de Chiapas. En cuanto á su uso, los editores mencionados aseguran que no puede ser conocido para ellos, pero que podria suponerse, sin aventurar mucho, á la verdad, que son una especie de caballetes, con los cuales se estendian las víctimas designadas que se sacrificaban á los dioses. Se colocaba este caballete sobre los riñones de la víctima, de manera que el pecho estuviese dando la vista al cielo, la cabeza inclinada al lado del altar, y las piernas colgando del otro lado. Entónces se abria el pecho á la víctima para sacarle el corazón y presentarlo al ídolo, en cuyo honor se hacia el sacrificio. Todos los historiadores que han escrito sobre la conquista de México, están de acuerdo en haber visto estos caballetes ó arcos en los lugares destinados á este uso, y que eran de piedra dura y verde. “Mas adelante, dice D. Antonio de Solís, se elevaba á cinco piés de altura, una piedra verde tallada, en donde se estendia sobre el cuello del infeliz que debia servir de víctima, á fin de abrirle el pecho y sacarle el corazón.” Si esta conjetura sobre el monumento de que tratamos no parece fundada, seria preciso recurrir á la idea de que fuese un objeto puramente de diversion.

Aunque las razones alegadas no prestan fundamento para

creer muy cierta la conjetura de los Sres. Baradere y Saint Priest, puesto que los originales solo tienen quince pulgadas en su mayor altura, lo que dista mucho de los tres piés de los arcos japoneses y de los 5 piés que dice Solís; con todo, el no haberse encontrado esta clase de arcos sino solo en México, Tlaxcala, Orizava y Chiapas, y en tan corto número, podia hacer verosímil que su destino fuese esclusivo de los grandes templos.

Es digno de notarse que estando perfectamente pulidos por todas partes, y aun labrados en sus piés, solo se halla sin pulimento la parte interior, acaso para oprimir mejor los riñones ó el cuello de la víctima. Un vecino de Tlaxcala me ha ofrecido remitir un arco semejante, y en el Museo del ex-conde del Peñasco hay otro, únicos que han llegado á mi noticia que hasta ahora se hayan encontrado.



## DÉCIMASESTA LÁMINA.

### URNAS FUNERARIAS AZTECAS.

En todos los paises las diversas naciones se han prescrito ceremonias particulares para solemnizar el modo de rendir sus últimos deberes á los difuntos. Estas ceremonias, fundadas por la mayor parte sobre los errores en que han estado acerca de la vida futura, han sido mas ó menos supersticiosas. El modo mas monstruoso de honrar las sepulturas acostumbrado por un gran número de pueblos, era el de degollar ó hacer quemar á los hombres sobre piras ú hogueras. Los monumentos de la antigüedad nos ofrecen muchos ejemplos de estos usos bárbaros; y como si se hubiese querido endulzar la ferocidad, se instituyeron en seguida banquetes suntuosos y fuegos fúnebres. Lo que pasaba en México con ocasion de los funerales de los reyes, de los príncipes ó de los grandes, no es ménos curioso por la singularidad de sus usos, que por las crueldades que se ejecutaban en obsequio del difunto. Cuando el

rey estaba enfermo, se cubria con una máscara el rostro de todos los ídolos mas reverenciados, y no se les quitaba hasta que habia curado ó cesado de vivir. Si moria, al momento se publicaba este acontecimiento en toda la estension de su reino, previniendo un llanto general: una guardia de honor lo velaba las cuatro primeras noches; se lavaba su cuerpo y se le cortaba un rizo de sus cabellos, que se conservaba cuidadosamente, y que, segun los mexicanos, representaba el alma del difunto; despues se le ponía una piedra verde en la boca, y se envolvía en diez y siete sudarios ó sábanas, adornadas de magníficos bordados, sobre la última de las cuales se figuraba la deidad que habia sido mas de su devocion; se le ponía sobre la cara una máscara de piedra fina, y los sacerdotes lo recibían en la puerta del templo; su gefe pronunciaba una especie de oracion fúnebre; en seguida se echaba el cuerpo en una hoguera, y se degollaba un perro que debia acompañarle en el otro mundo. Durante muchos dias se sacrificaba un gran número de esclavos, para que le sirviesen; por último, se encerraban las cenizas y el mechón de cabello en una urna adornada con pinturas de ídolos, y se colocaba encima la imágen del difunto en pintura ó en escultura. Esta última práctica se usaba tambien en el Egipto: en la galería egipcia del Museo real de Francia se encuentran urnas muy semejantes y máscaras de oro, doradas y pintadas, con que se cubria el rostro de los muertos en sus tumbas, lo mismo que el de los reyes mexicanos cuando morían, y el de los ídolos durante la enfermedad del príncipe reinante.

Los funerales de los grandes eran casi tan suntuosos como los de los soberanos. Se enterraba mucho oro con el cuerpo del difunto, para que tuviera con que hacer los gastos del viaje, que se creía largo y susceptible de funestos acontecimientos.

Las urnas funerarias que se encuentran, son de muy diversas formas y materias, y el tamaño y construcción de ellas da á conocer fácilmente las diversas costumbres que acaso en distintas épocas se observaron, con el objeto de conservar los restos de los cadáveres de sus antepasados, pues mientras unos daban lugar á que en ellos se conservase el cuerpo entero del difunto, otros solo dan el espacio indispensable para

colocar el cráneo y las canillas, y en otros hay hueco únicamente para las cenizas.

La lámina que nos ocupa, representa dos de las mas notables que se conservan en el Museo mexicano. La primera con otra igual ha sido el resultado de una escavacion hecha en la plazuela de Santiago Tlaltelolco: su materia es de barro cocido, y su elegante figura y vivos colores parecen indicar que su destino era conservar el cráneo y los huesos de algun personaje de importancia. La orla que decora la parte inferior á la deidad, que ocupa el lugar principal, se compone de flores y de frutos de aquellos que frecuentemente se dedicaban á los muertos, tales como el *cempalxochitl*, flor de cien hojas (clavel mexicano), y como la mazorca de maiz (trigo de Indias). La cubierta es casi plana, redonda y de media vara de diámetro: se enancha ó angosta en la jarra á proporcion de su figura; la altura de toda la urna es de tres cuartas dos pulgadas, y el diámetro desde la estremidad de una de sus asas hasta la otra es de dos tercias menos tres pulgadas. El interior se hallaba dividido por una tapa circular de barro con un agujero en el centro, que bajaba hasta la línea paralela á la barba de la deidad y á la altura necesaria para contener el cráneo del difunto; siendo de advertir, que de los adornos abajo, solo es una peana sobrepuesta, y que se halla cerrada á la altura de la mazorca, que forma el adorno central en la parte superior, y sobre la tapa mencionada se hallaban colocados los huesos mas pequeños abajo y los mayores encima, cosa digna de notarse, pues que en multitud de vasos, ollas ó urnas que he visto descubrir, siempre he encontrado asinados y sin orden alguno los residuos de los esqueletos. Tal vez los que se hallaban en esta urna fueron trasladados de otra y llevados á Tlaltelolco, cuando los mexicanos, estrechado el sitio de México, se retiraron á aquel punto, como su último atrincheramiento. Es digno de notarse, el que se conserven tan perfectamente los colores, dados, sin duda, con vegetales, despues de trescientos años de haber estado enterradas estas urnas en parage no muy seco.

La segunda urna ó caja es mas parecida al estilo egipcio, y bastante semejante á las que se encuentran en la galería egip-